

Ana Alonso

# El misterio de la pirámide

Ilustraciones  
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2016

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2016  
© De las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2016  
© De las fotografías de cubierta:  
Thinkstock/Getty Images y 123 RF  
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (Candel, C.)  
© Grupo Anaya, S. A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
www.pizcadesal.es  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano  
y Patricia Gómez Serrano

ISBN: 978-84-698-0902-0  
Depósito legal: M. 561/2016  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# El misterio de la pirámide

Ilustraciones  
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

## CAPÍTULO 1

Mientras la vieja furgoneta en la que viajaban intentaba abrirse paso entre coches, carros, mulas y gente, Víctor no dejaba de mirar por la ventanilla. ¡Estaban en Egipto! Todavía no podía creerlo, y eso que el día anterior había ido con sus padres a visitar el museo Arqueológico de El Cairo y las pirámides de Guiza.

Del museo, lo que más le había impactado era el famoso sarcófago del faraón Tutankamón, con su máscara funeraria de oro y turquesas. Y en cuanto a las pirámides... ¡No existían palabras para describir aquella impresión! Eran tan grandes como montañas. Montañas hechas por el hombre. Pero ¿para qué? ¿Por qué?

Sus padres, que eran egiptólogos, le habían explicado muchas veces que aquellas enormes construcciones eran monumentos funerarios. Sin embargo, esa explicación a Víctor no le parecía suficiente. ¿Cómo podía una sociedad dedicar miles de personas y de horas de trabajo a hacer una pirámide para enterrar a su gobernante? ¿Qué utilidad tenía aquello? Debía de ser algo

muy importante en sus vidas cuando habían invertido tanto tiempo y recursos... ¿Por qué era tan importante?

Se había distraído haciéndose aquellas preguntas cuando un brazo moreno y cargado de collares se coló por la ventanilla bajada de su asiento. Al otro lado del brazo, su mirada encontró el rostro vivaracho de una niña más o menos de su edad.

—¿Español? ¿Collar para tu amiga? ¿Para tu hermana? —preguntó la niña.

—No, gracias —dijo Víctor—. No tengo hermanas.

El conductor de la furgoneta, un hombre arrugado con cabello y bigote grises, se volvió hacia la niña y le preguntó algo en árabe. Ella le dio una explicación breve y se quedó mirando al chófer con una amplia sonrisa.

—Ella nos llevará —explicó el conductor volviéndose hacia atrás para mirar a los padres de Víctor, que iban sentados junto a él—. Vive en el hotel Los Flamencos. Ella hija del dueño.

Carmen y Miguel, los padres de Víctor, se miraron sorprendidos.

—¿La hija del dueño de un hotel anda vendiendo collares por la calle? —preguntó Carmen—. Debe de ser un hotel muy pequeño.

La niña, que mientras tanto se había montado en el asiento delantero, se volvió para contestar.

—Los Flamencos el mejor hotel de Egipto —dijo muy seria—. Cuartos limpios. Piscina limpia. Vistas al Nilo.



Ni Carmen ni Miguel parecían demasiado convencidos.

—Teníamos que habernos quedado en el hotel de El Cairo —murmuró Miguel—. Por lo menos estas primeras semanas, mientras estemos con el niño.

—¿Y malgastar la subvención en una habitación de lujo? —replicó Carmen arqueando sus cejas rubias—. No, cariño, no hemos venido aquí para eso. Además, la niña tiene razón: seguro que el hotel Los Flamencos está muy bien y es muy limpio. Y además nos queda muy cerca de la excavación.

—¿Son los que han encontrado la nueva pirámide? ¿Arqueólogos? —preguntó la niña volviéndose de nuevo a mirarlos.

—Pues sí, formamos parte del equipo que la ha encontrado —contestó Miguel con orgullo.

—Hablas muy bien nuestro idioma —observó Carmen, divertida por el interés de la pequeña—. ¿Cómo te llamas?

—Yasmine. En el hotel muchos huéspedes españoles. Por eso yo hablo. Idiomas buenos para el negocio.

El conductor interrumpió la conversación para preguntar algo en árabe. La niña contestó con una larga serie de explicaciones en el mismo idioma. Debía de estar indicándole al hombre por dónde ir para llegar al hotel.

La furgoneta giró a la derecha en el siguiente cruce y se internó en una calle abarrotada de peatones.

Había ropa tendida en las casas blancas, a ambos lados de la calzada. El aire que entraba por las ventanillas abiertas resultaba asfixiante. Olía a hierbas aromáticas y a excrementos de animales; una mezcla capaz de quitarle el apetito a cualquiera.

El conductor iba tocando el claxon continuamente para que la gente se apartase a su paso. ¡Qué diferente y exótico parecía todo! Víctor no acababa de asimilar que estuviese realmente allí, en la aldea de Saqqara, a pocos kilómetros del lugar donde sus padres iban a trabajar durante los meses siguientes. El lugar donde, a finales del invierno, ellos y otros arqueólogos habían encontrado los restos de una pirámide enterrada en la arena. El hallazgo había aparecido en todos los periódicos del planeta... Era lo más emocionante que había ocurrido en el mundo de la egiptología durante décadas.

Siguiendo las indicaciones de Yasmine, salieron del centro de la aldea y tomaron una carretera polvorienta entre palmeras. Ahora ya no se veían tantos edificios: solo casas aisladas rodeadas de pequeños huertos. En algunos de ellos, Víctor distinguió unas ruedas de metal oxidado medio incrustadas en la tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Norias, para sacar el agua del suelo —contestó su madre—. Cada uno de esos cajoncitos metálicos que lleva la rueda se llama cangilón. En España se usaban también antiguamente, pero ahora han sido sustituidas por otros sistemas de riego más modernos.

Unos minutos después, Yasmine señaló un edificio blanco entre los árboles de un jardín, a la derecha de la carretera.

—¡Aquí! ¡Los Flamencos!

Mientras bajaban el equipaje de la furgoneta, una pareja salió a la puerta para darles la bienvenida. La mujer llevaba el cabello cubierto por un pañuelo azul, y su cara risueña se parecía bastante a la de Yasmine.

—¿Mi hija ya les ha dado la bienvenida? Encantada de conocerlos —saludó en un perfecto español—. Espero que se encuentren cómodos entre nosotros. Van a estar aquí durante mucho tiempo, creo...

—En principio todo el verano —contestó Carmen—. Somos los arqueólogos que...

—Sí, sí. Estamos encantados de tenerlos aquí. ¡Todo un honor para nosotros! Una nueva pirámide... Es bueno para todos.

El hombre, mientras tanto, estrechó la mano de Miguel y le indicó por señas que dejase en el suelo las dos maletas que arrastraba.

—Lo siento, mi hermano no habla español —se disculpó la mujer—. El chico se encargará más tarde del equipaje. Ahora, si quieren entrar y refrescarse... Tenemos limonada fría. Ah, y el sobre... Un mensaje para ustedes.

—¿Un mensaje?

Carmen siguió a la mujer hasta el interior del hotel, y Víctor, a su vez, siguió a su madre.

La madre de Yasmine pasó por detrás del mostrador de madera de recepción y buscó en el casillero que contenía las llaves de las habitaciones.

—Aquí —dijo—. Mensaje urgente. Lo trajeron en moto desde El Cairo esta mañana.

Carmen rasgó el sobre con dedos nerviosos y extrajo de dentro un papel muy fino cubierto de letra mecanografiada. Lo leyó en silencio rápidamente, mientras Miguel entraba en el edificio.

Cuando Carmen terminó de leer, miró a su marido con los ojos vidriosos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, alarmado—. Carmen, no me asustes...

—Los permisos. Los permisos de la excavación. Nos los han denegado... Dicen que faltan documentos, que necesitan otro informe del ministerio de turismo local... Es un desastre, Miguel. Tenemos dos meses para sacar esto adelante y ahora resulta que ni siquiera sabemos cuándo vamos a poder empezar.